

PARA  
UNA  
IGLESIA  
DEL  
PUEBLO



*Segundo Galilea*

*De la revista mexicana Servir, nº 67 (1977), tomamos este estudio del conocido pastoralista chileno S. Galilea.*

La evangelización en América Latina no puede ser sino liberadora. (Obviamente tiene también otras dimensiones, que no es del caso insistir ahora). Se podrán usar otras palabras —solidaria, de compromiso con los pobres— o incluso ninguna. Lo importante es el hecho. Si la evangelización es auténtica, eclesial, será una respuesta a las situaciones de injusticia y una esperanza para la causa de los pobres. “La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos ... el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total... en pueblos empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambre, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y especialmente en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político...” (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 30).

Como bien sabemos toda fidelidad a una orientación histórica del Espíritu Santo, requiere siempre reajustes eclesiológicos. No es entonces una casualidad o una moda que la conciencia eclesial se identifique desde el Vaticano II, y más intensamente de Medellín en adelante, como "Iglesia de los pobres". Esta toma de conciencia, que podría parecer una redundancia para el buen conocedor de lo que Jesucristo quiso de su Iglesia, es sobre todo una toma de posición pastoral. Quiere corregir desviaciones históricas —más o menos acentuadas, más o menos extendidas, más o menos reales—, que identificaron a lo más representativo de la Iglesia con los ricos y pudientes. Esta situación está felizmente en vías de total recuperación en la mayoría de nuestros países.

#### IGLESIA DE LOS POBRES

Ahora bien, la teología de la liberación coloca el problema más radicalmente. Porque "iglesia de los pobres" puede significar dos cosas: o que la comunidad de los cristianos se compromete en la liberación de los pobres, pero desde una situación más "confortable", exterior al mundo de los débiles y marginados; o que la Iglesia entrega su mensaje de liberación "desde" los pobres, inserta ella misma entre ellos.

Bien sabemos que teológicamente la Iglesia es de todos, —ricos, clases medias y pobres—, y que tiene un mensaje de liberación para todos los estratos sociales. Pero como la Iglesia vive en sociedades concretas, el "lugar" sociológico que ocupa no es indiferente a su credibilidad y a su fidelidad a la línea trazada por el mismo Jesús. Porque de hecho en la sociedad hay pobres y no pobres, y la Iglesia nunca está "en el aire" sino que se identifica con las realidades sociales. De otro modo no se entendería la enseñanza de Jesús sobre las Bienaventuranzas y las maldiciones, ni tendría sentido que en el Concilio se hablará de "iglesia de los pobres". Es decir, la eclesiología es un discurso interdisciplinar, si quiere referirse a una iglesia "aquí y ahora". Es un método de la teología de la liberación el haber recordado que la eclesiología debe recurrir a las cien-

cias de la sociedad para hacerse "pastoral".

Por eso hablamos hoy, a mi juicio correctamente, de la necesidad de una "iglesia del pueblo" o "iglesia popular" o "iglesia con y desde los pobres". Como sucede con la teología de la liberación, algunos se intranquilizan con estas expresiones, pero ellas, en boca de la comunidad cristiana no son ni sectarias ni clasistas, sino la traducción a la realidad latinoamericana de los criterios con que Jesús llevó a cabo la evangelización, de los que el Evangelio nos ofrece suficientes testimonios.

Recuerdo un hecho, que sucedido a un obispo, buen amigo mío, que por sí solo testimonia lo que pretendemos decir por una iglesia del pueblo. Este obispo llevaba ya algunos años en una diócesis mediana, industrial, con tensos problemas de justicia social. El es muy evangélico, con mucho sentido del pobre, pero durante un buen tiempo evitó entrar públicamente en los conflictos sociales donde se juzgaban la causa justa de los obreros. Se contentó con declaraciones y llamadas generales, con respaldos personales, sin entrar en situaciones concretas. Por fin, se decidió a tomar posición más pública e inequívoca en favor de huelgas, y en contra de abusos e injusticias. El mismo hablaba de una "liberación" personal, en la cual le había ayudado mucho el ejemplo de algunos obispos de otros países.

Pero su actitud "profética" le trajo inmediatamente problemas. Comenzó a recibir cartas, protestas, de algunas autoridades ("se metía en cuestiones que no le competían"), y también de muchos católicos, algunos cercanos a él, que le hacían sentir su disgusto. Naturalmente, el sector más pudiente, el que a menudo tiene mayor acceso y se puede hacer escuchar ante el obispo. Parte de su clero se molestó. Así su "séquito" habitual se iba alejando. Algunos hermanos en el episcopado se preocuparon y le hicieron sentir su desacuerdo fraternalmente. Otros en cambio, lo apoyaron.

Con todo esto, mi amigo entró en una especie de crisis, donde se preguntaba si estaba procediendo bien, si su postura era eficaz, evangélica. . . Pasó por momentos de angustia. Un buen día, invitó a almorzar a un grupo de sacer-

dotes que trabajaban muy comprometidos con el medio popular, y les propuso sus dificultades. Uno de ellos respondió por todos: "No se preocupe, señor obispo, y siga adelante. Porque en las fábricas y barriadas, los obreros están comenzando a referirse a usted, por primera vez, y se refieren como a "nuestro" obispo. Lo que pasa es que a esa gente usted seguramente nunca los va a encontrar"...

Esa es la iglesia de los pobres. Cuando ellos comienzan a decir "nuestra" iglesia, "nuestro" obispo, "nuestro" parroco... Así en concreto. Y esto no hizo a "nuestro" obispo un clasista, seguía evangelizado a todos los sectores sociales. Sólo que ahora, al haberse hecho solidario con la causa del pobre, era escuchado por éstos, y tenía la autoridad moral para pedir a los ricos su conversión. Porque la evangelización de los ricos, al modo de Jesús, sólo es eficaz "desde" el pobre.

#### A PARTIR DE LOS DINAMISMOS POPULARES

El desafío de la evangelización es no sólo "evangelizar a los pobres" (Lc. 4, 17), sino hacer surgir desde ellos una iglesia popular. Una iglesia católica romana que se expresa como pueblo, y que aporta esa dimensión, a la vez bíblica y sociológica, a la iglesia universal.

Para que el pueblo cristalice como iglesia, la evangelización tiene que asumir, interpretar y criticar con la fe sus valores y aspiraciones. En América Latina este dinamismo popular tiene dos signos fundamentales: su religiosidad popular y sus aspiraciones y luchas de liberación social.

Estos signos ya fueron detectados por los obispos en Medellín. Para ellos, la vía histórica de la evangelización de sus pueblos se encarna en un compromiso eclesial por evangelizar su catolicismo popular, y por apoyar su liberación social. Principalmente a partir de las "co-

comunidades de base". La convergencia de estos tres elementos, que constituyen desde entonces lo característico de las iglesias locales en América Latina es reproducida recientemente por Pablo VI en su exhortación sobre la evangelización (ns. 30ss, 48, 58). Esta orientación del Papa ha sido recibida con mucha alegría por los pastoralistas latinoamericanos, ya que implica el reconocimiento del aporte original de nuestras iglesias y un respaldo a la pastoral que surgió de Medellín, y muy significativamente a la teología de la liberación.

#### LA MEDIACIÓN ECLESIAL EN LA BASE

¿Por qué las "comunidades de base" en la construcción de una Iglesia del pueblo? Porque los dinamismos fundamentales que lo identifican —religiosidad y liberación— son ambiguos. A veces negativos, deshumanizantes. Iglesia popular, sí, pero la evangelización debe evitar la tentación propia de esta orientación: el "populismo". Populismo clasista, de influencia marxista; populismo "latinoamericano", más arraigado en la historia y cultura populares. En todo caso, pensar que todo lo que viene del pueblo es necesariamente bueno. Pero en el pueblo también habita el pecado y la servidumbre, precisa de redención. La experiencia nos enseña que sus dinamismos elementales no siempre llevan al Evangelio. Dejado a sí mismo, su religiosidad popular se degrada, y sus aspiraciones religiosas se quedan en ritos y folklore. Y sus movimientos de liberación pueden crear nuevas formas de materialismo, servidumbre y opresión. Sabemos cómo un pobre promovido fácilmente se convierte en explotador.

Por eso las aspiraciones y dinamismos populares necesitan de una mediación, que los purifique y reinterprete en categorías evangélicas. A esta mediación la llamamos "comunidad eclesial de base", que a nombre de la fe realiza esta purificación crítica. La evangelización no es otra cosa que una mediación que enriquece y cristianiza eclesialmente el dinamismo popular, desde sus mismas raíces.

La "comunidad de base" es esencial en la construcción de una iglesia popular. En sus reuniones, intercambios evangélicos, oración y solidaridad, va evangelizando el alma religiosa popular y garantiza que el compromiso liberador sea cristiano.

En el corazón de las masas, la "comunidad de base" transforma los dinamismos religiosos y sociales en fraternidad cristiana. Suministra al pueblo la mística que éste absolutamente requiere para realizarse evangélicamente.

### EL PRIMADO DE LA MÍSTICA

No hay iglesia popular sin una mística tampoco hay ningún movimiento social sin una mística política. En la iglesia que evangeliza no basta adecuar las organizaciones: descentralizar las parroquias, crear pequeñas comunidades, hacer a las curias más pastorales, procurar una pastoral de conjunto... Tampoco basta reformar las funciones: adaptar la liturgia, la predicación, impulsar nuevos ministerios en la base, trabajar en la educación liberadora...

Estos cambios pastorales no renuevan profundamente —como lo demuestra la experiencia— se quedan exteriores al alma popular. Paradójicamente a menudo aumenta la distancia entre la iglesia y el pueblo-pueblo, pues muchas veces estas reformas están inspiradas en un catolicismo "ilustrado" excesivamente tributario de temáticas europeas. Por eso la renovación de la pastoral popular requiere absolutamente, además de la reforma de las organizaciones y funciones eclesiales, de una mística, de una simbología cristiana, que debe ser inyectada por la evangelización en el mundo de los pobres.

Ya dijimos que las comunidades de base son la mediación eclesial de esta mística, y las generadoras de los símbolos cristianos en el pueblo. Pienso que hay que agregar también la mediación mística y simbólica de los grandes acontecimientos populares-religiosos (fiestas, santuarios, concentraciones, etc...).

Entiendo por mística la corriente espiritual que es capaz de ir asumiendo y transformando el dinamismo popular —religiosidad y liberación— en espiritualidad cristiana. Entiendo por símbolos las mediaciones eclesiales capaces de generar esta espiritualidad a partir de los dinamismos populares. No hay pastoral popular, ni iglesia del pueblo, ni liberación, sin una gran mística que atraviese el corazón de los pobres.

## EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA DEL PUEBLO

En la práctica parece bien posible transformar la religiosidad popular en mística evangélica, pero es más problemático empapar los movimientos de liberación social en una espiritualidad. Sin embargo, la evangelización lo requiere. Evangelizar es provocar el encuentro con Jesús en las experiencias humanas.

Esta es precisamente la función del Espíritu Santo en la evangelización creadora de una iglesia del Pueblo. A mi modo de ver, lo más novedoso y visionario de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI es su reflexión sobre la obra del Espíritu en la evangelización. (n. 75) El Papa no agota la cuestión, que considera capital, y más bien al llamar la atención sobre la necesidad de una "neumatología eclesiológica", nos invita a "estudiar profundamente la naturaleza y la forma de la acción del Espíritu Santo en la evangelización de hoy día".

Cuando hablamos que las comunidades eclesiales, símbolos generadores de mística en el pueblo, evangelizan empapando de esta mística los dinamismos populares, creo que estamos ante una "forma de acción del Espíritu Santo". Si es verdad lo que nos enseña la Iglesia que el Espíritu "llena la faz de la tierra", que renueva "todas las cosas", y que en la promesa de Jesús "nos recordará y enseñará todo" (Jn. 14, 24; 16, 12), quiere decir que el Espíritu está en la raíz no sólo de la religiosidad popular, sino también de la liberación. De modo diferente, el Espíritu está presente en los dos dinamismos.

Religiosidad popular y liberación, en una visión cristiana, son convergentes, y tienen la misma raíz, el soplo del Espíritu. Pero, como decíamos más arriba, son de hecho ambiguas, y además aparentemente divergentes: en la práctica, devoción popular y liberación social parecen incompatibles en la convicción de muchos, lo que llevó, aun después de Medellín, a un dualismo pastoral en que "liberacionistas" se oponían a devocionalistas populares". Lo que en el movimiento del Espíritu es radicalmente y finalmente convergente, se ha desintegrado, por razones históricas, propias del pecado y de la ambigüedad que habitan esos movimientos.

Con esto vemos más claro la mediación de la comunidad eclesial en la construcción de una iglesia popular: reconocer al Espíritu que actúa en los dinamismos populares, y reintegrarlos en una espiritualidad evangélica liberadora.

Pero para eso, la comunidad tiene que estar muy insertada en la base, evangelizar "desde" los pobres pues en este caso el Espíritu no se revela sino a través de los valores de los pobres, los cuales no basta conocer teóricamente, sino en la solidaridad y en el compromiso con su causa. Para hacer surgir una iglesia de los pobres, necesitamos estas comunidades eclesiales de base, muy evangélicas, muy comprometidas, símbolos vivos de Jesús en la experiencia popular, generadoras de mística y liberación. Comunidades que no sean la mera reproducción de la parroquia o de otras comunidades clásicas, sino que sean la anticipación eclesial de la iglesia, que desde los pobres, descubre el Espíritu.

#### SIMBOLOGÍA E IGLESIA DE LOS POBRES

Cuando miramos el movimiento actual de la iglesia en América Latina, constatamos que en todas partes, y en forma muy similar, aunque todavía limitada, la tendencia de los grupos cristianos, (pastores, laicos, y muy particularmente la vida religiosa), es a formar estas comuni-



dades "desde" los pobres. Globalmente —sin precisar fallas o desviaciones— ello no puede ser sino obra del Espíritu.

Estas comunidades son indispensables porque forman parte de la "simbología" de la iglesia. En la evangelización del pueblo no basta el endoctrinamiento catequístico. Desde siempre el cristianismo procuró plasmar en símbolos tangibles lo que el pueblo aprendía en la predicación. Pues éste es más sensible a los símbolos que a las palabras. La simbología cristiana inspira, hace asequibles los valores evangélicos, injerta la fe en la vida del pueblo.

La "ley del simbolismo" es, por lo demás, universal. Todo movimiento de masas, social, político, ideológico, requiere de símbolos y aun de mitos, más allá de los discursos. Los políticos lo saben muy bien.

Tradicionalmente la evangelización tiene tres símbolos: la liturgia, los santos (especialmente María), y el testimonio de fraternidades cristianas en medio del pueblo. Todos ellos, a su manera, generan mística y llevan a Dios, si se utilizan bien.

Para nuestro propósito nos interesa particularmente el simbolismo de las comunidades cristianas, vigente desde los orígenes del cristianismo: "Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba... Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la convivencia, la eucaristía y la oración... Gozaban de la simpatía de todo el pueblo, y el Señor cada día integraba a la comunidad a los que habían de salvarse"...

Cuando con el tiempo y la rápida institucionalización post-constantiniana, este espíritu decayó, las comunidades religiosas asumieron, en medio del pueblo, este simbolismo. Su inserción popular y educadora creó las grandes corrientes de espiritualidad popular de la Edad Media. Más adelante, al "clericalizarse" el simbolismo de la vida religiosa, (se distanció y se hizo más institucional que símbo-

lica; su acción fue "para" el pueblo pero no "desde" el pueblo), la evangelización perdió uno de sus símbolos capitales. Las consecuencias las conocemos: una brecha entre la iglesia y el pueblo, por lo tanto descristianización, degradación de la religiosidad popular, hostilidad de los movimientos sociales hacia la iglesia...

Pero esta intuición fue siempre de alguna manera sostenida por el Espíritu y hoy hace nuevamente eclosión, ante el llamado de los pastores a repatriar la Iglesia en el mundo popular. De ahí la importancia de estas comunidades de base, radicales en su vida evangélica y en su solidaridad con la causa de los pobres, que generen entre ellos una mística de liberación cristiana y sean mediadoras de una iglesia popular.

#### ¿IGLESIA "POPULAR" O IGLESIA "OFICIAL"?

Este dilema objetivamente innecesario es una tentación del compromiso cristiano por una iglesia de los pobres. En algunas partes se plantea abiertamente, en otras, en mi experiencia, donde los obispos tienen verdadero contacto con su pueblo, el dilema no se plantea. Y el dilema me parece más psicológico y pastoral-práctico que teológico.

En buena eclesiología sabemos que lo neumático y lo institucional, la base y la jerarquía son funciones ambas necesarias en la construcción de una iglesia que se realiza dialécticamente "desde arriba" y "desde abajo". No es el momento de mostrar la convergencia necesaria entre la iglesia "oficial" y la que nace "desde los pobres".

Pero creo que en la práctica se puede crear el peligro de desarrollar una iglesia "popular" paralela. Pues no se trata sólo de "no romper" con lo oficial. Se puede "no romper" en un paralelismo de hecho, no agresivo. Se trata de mantener una comunión creadora, donde la iglesia "oficial" se enriquezca con el mensaje de los pobres y se haga cada vez más "de los pobres", y las comunidades

populares mantengan la vitalidad evangélica y superen las tendencias sectarias por su comunión con los sucesores de los Apóstoles.

En muchas situaciones, esto no se produce automáticamente. Hay que tomar medidas para evitar el paralelismo. Por los dos lados. El evangelizador en la base tiene que explicar la pertenencia a una iglesia particular y su solidaridad con el obispo y su misión pastoral, a pesar de las críticas que ésta pueda suscitar desde el mundo de los pobres.

En cuanto a los obispos y sus colaboradores, pienso que a veces tienen parte de responsabilidad en el paralelismo. Para evitarlo habría que acompañar con genuino interés y espíritu positivo todos los movimientos y comunidades de base popular. No considerarlos como "experiencias" aisladas y transitorias, o peligrosas. Llamarlas a dar su aporte en la reflexión pastoral; ellas son una de las garantías de que algún día los oprimidos y marginados puedan hablar de "nuestra iglesia"... Hay que saber que en todo movimiento de pastoral popular y liberadora habrá errores, ambigüedades... Por lo demás sucede así en los otros niveles de la evangelización.

Pero hay que reconocer y "no apagar el Espíritu", cuyo hilo conductor late en esta iglesia de los pobres que surge entre nosotros.

